

Homenaje al ex Rector de la Universidad de Chile Domingo
Amunátegui Solar, educador, historiador y estadista, en el cente-
nario de su nacimiento

1860-1960

Un acuerdo del Honorable Consejo Universitario, tomado en la sesión 34 ordinaria, de fecha 21 de octubre de 1959, a propuesta del entonces Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, profesor Guillermo Feliú Cruz, dispuso la conmemoración del centenario del nacimiento del ex Rector de la Corporación Domingo Amunátegui Solar, el 21 de octubre de 1860, en atención a sus esclarecidos méritos de educador, historiador y estadista. En una sesión pública conjunta del Honorable Consejo Universitario y la Facultad de Filosofía y Educación, se rendiría homenaje al maestro. Perteneció Amunátegui Solar al Consejo de la Universidad por espacio de 42 años, desde cuando éste se llamaba, antes de la reforma de 1931, Consejo de Instrucción Pública, y a la Facultad de Filosofía, de la cual fué miembro académico, secretario y Decano, se encontró vinculado sin interrupción durante 57 años, desde 1889 hasta su muerte, ocurrida en 1946. Es el suyo el caso de más larga permanencia en el servicio universitario, comparable con el de Barros Arana, que alcanzó a formar parte de ella por espacio de 52. Durante 11 años Amunátegui Solar fué Rector (1911-1922). Al llegar a ese cargo culminaba una larga carrera docente y administrativa en la enseñanza secundaria y superior. En la primera, había sido profesor del Instituto Nacional durante más de 30 años, en la asignatura de historia. En ese plantel educacional que Amunátegui Solar consideró siempre como el hogar de sus antepasados y al que le debía su formación intelectual, habían pertenecido su abuelo Domingo Amunátegui Muñoz, como profesor de Filosofía y su padre el historiador Miguel Luis Amunátegui ejerció por largos años las cátedras de historia y literatura. Los tres, en el ejercicio de la docencia institutana, alcanzaron a más de cien años en una sucesión continuada. El padre de Amunátegui Solar había servido a la Universidad, a su vez, durante más de 36 años. Miembro de la Facultad de Humanidades desde 1851 y Secretario General de la Corporación por otros tantos, ninguna de las actividades universitarias le fué ajena, y su nombre está ligado al progreso de la Casa de Bello. Por su parte, Amunátegui Solar, heredero de una de las más brillantes tradiciones intelectuales de Chile, realizó en la Universidad una labor de constante reforma en todos los dilatados campos en que le correspondió alguna acción

docente y administrativa. Al igual que Barros Arana, recorrió toda la jerarquía universitaria y aun superó la carrera del ilustre educador. Amunátegui Solar fué, como ya se dijo, miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Fué Secretario y Decano de ella en varios períodos. Le correspondió ejercer la Vicerrectoría universitaria. Fué Secretario General de la Corporación. Tuvo a su cargo la dirección de los Anales de la Universidad. Fué profesor fundador, como catedrático de Derecho Constitucional, del Instituto Pedagógico. La Dirección de ese plantel, destinado a la formación del profesorado secundario, le correspondió ejercerla cuando recién se organizaba bajo la directiva de un renombrado pedagogo alemán. Puede decirse que Amunátegui Solar le dió forma a ese establecimiento en los largos años en que fué su incansable conductor y permanente reformador. Al Consejo de Instrucción Pública concurrió durante largos períodos, ya como Secretario General, ya como Decano, ya como Vicerrector, ya, en fin, como Rector de la Universidad. Durante varios años fué Delegado del gobierno ante el Consejo Universitario, desde 1933 hasta su fallecimiento en 1946, o sea, en un espacio de 13 años. Los gobiernos que se sucedieron durante esos 13 años, le renovaron incondicionalmente su confianza. Al viejo educador le veneraban como un paradigma de virtudes cívica. Su misma larga edad —a su muerte alcanzaba los 85 años—, le daba a su respetable ancianidad el carácter de un patriarca. En las letras, como historiador, su nombre tenía un prestigio americano. En la enseñanza, las generaciones por él formadas, lo recordaban como una gloriosa figura. En la consideración de los asuntos públicos —fué Ministro de Estado en varias ocasiones y en dos de Instrucción Pública y a la vez Constituyente en 1925—, se destacó como un estadista. Era un hombre de pensamiento avanzado, de protesta y de lucha. En la enseñanza, sus ideas eran audaces. En sus libros están expuestos sus principios con valentía. Viejo liberal, de la libertad esperaba la solución de todos los problemas, y cuando la libertad producía malos frutos, en ella misma encontraba su remedio.

El homenaje conjunto del Honorable Consejo Universitario y de la Facultad de Filosofía y Educación a la memoria de Amunátegui Solar, tuvo lugar en el Salón de Honor de la Universidad el 27 de octubre de 1960. En nombre de la Corporación habló el señor Rector, profesor don Juan Gómez Millas, quien destacó en forma muy especial el pensamiento de Amunátegui Solar acerca de la enseñanza particular y su concepción del Estado docente. El Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, profesor don Eugenio González, recordó con cariño al maestro de 1920, atacado por los estudiantes, entre los cuales se encontraba el mismo señor González, dirigente de la Federación de Estudiantes. Ignoraban los jóvenes cuanto bien por ellos y su porvenir hacía entonces el Rector por enaltecerlos. Al ex Decano de esa misma Facultad, profesor Guillermo Feliú Cruz, le correspondió el estudio de la obra histórica de Amunátegui Solar. Finalmente, el Decano de la Facultad de Veterinaria y Ciencias Pecuarias, profesor doctor don Hugo Sievers, en su calidad de miembro más antiguo del Honorable Consejo Universitario, evocó al educador en este alto Cuerpo. Proyectó su recia personalidad moral e intelectual con un vivo carácter y refirió el ideario educacional de Amunátegui Solar con sus propias palabras, ideal de avanzada y de reforma.

Por un conjunto de circunstancias excepcionalmente favorables, los Anales de la Universidad de Chile pueden ofrecer en las páginas del presente número un conjunto de escritos inéditos del señor Amunátegui. Todos ellos son de valor, como por ejemplo el juicio sobre la segunda presidencia de Alessandri, los capítulos de una historia de América, las páginas sueltas de las memorias del señor Amunátegui Solar y otras pie-

zas del más notorio interés. Llamamos también la atención de los lectores hacia la correspondencia inédita del historiador durante su viaje por Europa en 1885 a 1886, dirigida a sus padres lo mismo que a la que le fué enviada por eminentes personalidades en diferentes épocas y que adquieren un gran valor como documentos de época.

Damos a continuación los discursos y ensayos que fueron leídos en el homenaje al ex Rector de la Universidad de Chile.

I

Discurso del señor Rector, Profesor don Juan Gómez Millas

El más honrado homenaje que podemos hacer a una personalidad histórica es comprobar que los valores por los cuales luchó aún gozan de vigencia; y son respetados por un gran grupo de ciudadanos.

Este es el caso de don Domingo Amunátegui Solar.

Otros distinguidos miembros de nuestra Universidad se ocuparán de su espíritu abierto y amplio, de su carácter sencillo, de su devoción a las letras y en especial a los estudios históricos, de su consagración a la educación pública y de sus convicciones progresistas liberales. Yo recordaré en pocas palabras su confianza en que por medio de una sólida educación general se llegaría a dar al pueblo chileno desarrollo y bienestar; a la realización práctica de esta convicción entregó una gran parte de su vida y por ello le somos deudores.

De acuerdo con los ideales dominantes en su tiempo, vió en la educación la gran tarea nacional formadora general del hombre-ciudadano que lo capacitara para vivir honorablemente su existencia y la de su comunidad. La pensó como una función social unitaria que sólo el Estado podía y debía dirigir y controlar y sólo él, en representación del pueblo, tenía el deber de orientar a fin de dar a la nación una estructura homogénea que le permitiera pensar, sentir y actuar como verdadera comunidad social con ideales y metas comunes y concordantes. A esta visión dinámica de la sociedad que abre sus propios caminos se denominó función docente del Estado. El concepto fué recogido en la constitución política de la nación en la expresión "la educación pública es atención preferente del Estado".

Hombres como Domingo Amunátegui pensaban que no era indiferente a la comunidad la formación de los ciudadanos, en todos sus grados en el de la formación de las grandes masas y en el de sus guías y más calificados servidores. Pero valores como éstos no se mantienen por sí solos, hay que constantemente volver a luchar por ellos. Fuerzas anárquicas en los últimos años los atacan persistentemente y amenazan debilitar la idea de la responsabilidad nacional en educación. Pretenden oponer a esa conciencia de la responsabilidad nacional la idea de la libertad de enseñanza; pero ella sólo es un pretexto para introducir la anarquía en la parte más delicada de nuestro proceso de desarrollo: en la educación. ¿Existe ese concepto anárquico en alguna otra parte del mundo? ¿Impera en algún Estado moderno? No. El es sólo una creación oportunista de nuestro país y de algunos grupos latinoamericanos incapaces de aceptar el diálogo humano dentro de las instituciones neutrales de la nación. Si estos conceptos

que criticó en su momento Domingo Amunátegui llegaran alguna vez a dominar en la opinión pública y en el Estado, un grave deterioro se habría iniciado en Latinoamérica y al mostrarse débil para luchar por sus altos valores de formación revelaría un cansancio prematuro.

Domingo Amunátegui fué un verdadero espíritu liberal. ¿Han sido en materia de educación los liberales leales al pensamiento liberal? ¿Acaso el oportunismo con que se legisla en estos momentos sobre materias tan graves como creación de Universidades y autorización para otorgar títulos profesionales sin control no es contrario a los más elementales principios de una democracia sana? En homenaje a Domingo Amunátegui, nuestro venerado ex Rector, pedimos a los hombres responsables del gobierno que se mantengan firmes frente al azote del oportunismo político y que recuerden que las naciones que abandonan sus tradiciones valiosas caen muy rápidamente en el deterioro y en la incapacidad de afrontar los contrastes de la fortuna. La hora que vive el mundo americano es la más difícil de todo nuestro recuerdo histórico y las nubes que se agolpan en el horizonte sólo dejarán paso a la luz si nos mantenemos fieles a las buenas tradiciones y leales a la concepción progresista y abierta de la sociedad que nos enseñó en sus libros y en su vida Domingo Amunátegui Solar.

II

Discurso del Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, Profesor don Eugenio González Rojas

Frías en su énfasis laudatorio son, de costumbre, las palabras que se dicen en los homenajes póstumos, y los esquemáticos conceptos que en ellas se expresan parecen referirse, más que a una individualidad real, compleja en sus defectos y virtudes, a una acomodaticia idealización de rasgos fijados para siempre como en anticipo de la estatua. Porque, así como llegada la "cierta muerte" de que hablara el clásico, la carne se desprendió de sus huesos para deshacerse en la alquimia de la tierra, también su personalidad moral va perdiendo en la memoria de las generaciones su rica y coloreada textura hasta convertirse en imagen escueta, cada vez más estilizada a medida que el tiempo transcurre, burilando sus perfiles con lenta, inexorable pertinacia.

Al tener que participar en este homenaje que se rinde al ilustre chileno que fué don Domingo Amunátegui, con motivo de cumplirse el centenario de su nacimiento, he comprendido, sin embargo, que no podría hacerlo en los términos usaderos para un acordado discurso oficial. Mucho me honra, por cierto, ser en esta ceremonia recordatoria el portador de los sentimientos de la Facultad de Filosofía y Educación que don Domingo Amunátegui presidió y en cuyo ámbito desarrolló gran parte de su actividad docente y del Instituto Pedagógico del cual fué director; pero no me mueve ahora el estímulo de honra tan significativa —que bien puede entregar a otro más digno de ostentarla—, sino un íntimo mandato de conciencia que viene de mi lejana juventud.

No voy, pues, a abundar en elogios al servidor público —que lo fué y de rango ejemplar don Domingo Amunátegui—; tampoco cábeme —porque lo harán quienes tienen competencia para ello— comentar su obra de historiador y de sociólogo, y aunque sea propio de mi oficio y función, también eludiré considerar las iniciativas que

promovió y las responsabilidades que tuvo en la educación del Estado. Al margen de toda formalidad circunstancial y a riesgo de transgredir pautas de severa observancia en reuniones como éstas, me limitaré a destacar su selecta condición humana para que se aprecie con mayor nitidez el alcance de una entrañable deuda que con él contraí en mis tiempos de estudiante, deuda no saldada por mí —a pesar de mi voluntad de hacerlo— durante su larga vida, y a la que ahora he de hacer un modesto abono de irrestricta cordialidad.

Conocí a don Domingo Amunátegui cuando corrían los años de la Primera Guerra Mundial y los de mi generación íbamos descubriendo, desde los bancos del Instituto Nacional, los múltiples y fascinadores horizontes de la cultura y de la vida. Tiempos inquietos aquellos, tiempos fermentales, en los que fuerzas de signo impreciso, surgiendo de las profundidades de una sociedad que entraba en violenta crisis, comenzaban a dar sentido nuevo a la evolución de los pueblos y al destino de los hombres. Chile vivía y trabajaba todavía con el lento ritmo de su poderosa tradición, dentro del marco austero de instituciones que parecían inalterables, al amparo de valores morales de fuerte arraigo en la conciencia social.

Entre los muros ya agrietados y como con pátina de historia del Instituto Nacional, bullía una muchedumbre vivaz de niños y adolescentes, orgullosos de pertenecer al primer colegio de la República y de recibir las enseñanzas de los profesores más prestigiosos de la época. La disciplina escolar era formalmente rigurosa; sin embargo, una atmósfera de gran familia, de digno estilo patriarcal atemperaba las rigideces de los reglamentos y la severidad de los estudios. La distancia entre los profesores y los alumnos sólo era salvada en circunstancias de excepción, pero había profesores, con acendrada vocación de tales, que de un modo natural, tenían para sus alumnos la misma condescendencia perdonadora que para sus propios hijos.

Uno de ellos, don Domingo Amunátegui. No tuve la suerte de ser su alumno, pero más de alguna vez seguí desde afuera, desde un banco próximo al amplio ventanal de la sala de clases, en el patio de las añosas palmeras tutelares, sus animados diálogos con los muchachos de su curso, a cuyas preguntas que solían ser indiscretas daba siempre oportuna respuesta en su tono de franca bonhomía. Al revés de otros carrentes de verdadera alcurnia espiritual que, por lo mismo, se mantenían en actitud un tanto hierática, temerosos de menoscabar su respetabilidad que sabían precaria, don Domingo Amunátegui, al par de su cátedra de historia, ejercía el alto magisterio de sencillez propio del auténtico educador: que sólo pueden serlo de verdad aquéllos que en la madura condición del hombre han logrado conservar la primigenia limpieza del alma. Lamentable es que por lo común estas cualidades sólo lleguen a ser debidamente comprendidas y valorizadas por los alumnos cuando han dejado de serlo.

Años más tarde —no muchos— peregrinas contingencias de la política estudiantil me llevaron a la presidencia de la Federación de Estudiantes. Desde 1920 —para señalar una fecha va consagrada por la relevancia de lo que en ella ocurrió— era la Federación de Estudiantes amplio foro en el que se debatían todas las doctrinas, en elevado plano de libertad y tolerancia, y activo centro de irradiación ideológica en el que se gestaban, además, campañas entusiastas encaminadas a rehacer, sobre bases de justicia social y de solidaridad humana, la vida chilena. Una juventud alerta y generosa de sí misma, en permanente tensión de vigilia intelectual, esperaba cada día el mensaje esclarecedor de sus patéticas inquietudes, ávida de alcanzar las grandes verdades que le permitirían comprender mejor la vida y el mundo, para servir mejor al hombre y a la sociedad.

Vueltos hacia la realidad social en trance de rápidos cambios, luchábamos contra instituciones que sentíamos caduca y contra los símbolos de un estado de cosas que debía, a nuestro juicio, ser superado. Nuestro ánimo —si fué a menudo excesivo en su vehemencia crítica— nunca dió asilo a odios egoístas, ni a resentimientos deleznales. Nunca luchamos contra las personas como tales, pero fuimos injustos con algunas porque no supimos ver, detrás de las actitudes oficiales en que ellas se nos presentaban desde lejos, promoviendo nuestro ruidoso antagonismo, la nobleza intrínseca de su condición humana, valor que sólo con la experiencia de los años aprendemos a destacar por encima de otros que, siendo eminentes y sugestivos para la juventud, son siempre subalternos en su esencia.

Cúmpleme decirlo ahora, sin menguada reticencia, ni escurridizo eufemismo: fuimos injustos, en aquellos años, con don Domingo Amunátegui. Al iniciarse entre nosotros —recuerdo que con un pretexto baladí— el primer movimiento de Reforma Universitaria, él era Rector de esta Universidad de Chile. Lo conocíamos por su actuación pública, pero no en su varonía cabal. Ignorábamos la amplitud de su ilustración y la riqueza de su espíritu, la extensión y variedad de sus trabajos de investigador erudito, la perfecta bondad que daba a su carácter el único signo de excelencia que reconocía Beethoven. Ignorábamos que muy pocos hombres de su generación tenían la disposición suya para comprender las nuevas ideas, en su función histórica, y aprehender el alcance de los movimientos sociales que tanto nos interesaban. Ignorábamos incluso sus esfuerzos en favor de la modernización de nuestra enseñanza y los múltiples logros a él debidos en el desarrollo de la cultura nacional.

Sólo veíamos en él al representante de una sociedad que pretendíamos cambiar y al Rector de una Universidad que nos parecía anacrónica. Muy pronto hubé de comprender nuestro error de juicio y la injusticia de nuestra conducta. Desde entonces, he deseado una oportunidad como esta para decirlo, sin afán alguno de tardía reparación porque don Domingo Amunátegui no la necesita, ni tampoco para buscar efectos de intención educativa. Únicamente lo hago para espontáneo desahogo de mi espíritu, en una efusión cordial de sinceridad justiciera. Es el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, a la que tantos desvelos dedicara, quien adhiere, a nombre de la Corporación y de su Instituto Pedagógico, al merecido homenaje de reconocimiento y de recuerdo que hoy le tributa la Universidad de Chile a don Domingo Amunátegui, pero —permitidme— que sea en mí, el antiguo presidente de la Federación de Estudiantes, quien traiga al Rector de sus tiempos de juventud la expresión emocionada de su respeto y de su afecto, como testimonio vivo de que las generaciones universitarias se enfrentan y se suceden en esta vieja Casa de Estudios, a veces aparentemente en pugna, aunque siempre íntimamente solidarias en la honrosa tarea de mantener y acrecentar el patrimonio cultural de nuestra patria.